

# La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:  
Poderoso caballero

Autor/es:  
Saborit, José

Citar como:  
Saborit, J. (2002). Poderoso caballero. La madriguera. (53):63-63.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/42118>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Nos lo ha advertido hace poco Javier Maqua: "El realismo es caro". Y el cine que pretenda mostrar algunas "realidades" habituales para nuestra vida cotidiana (objetos, marcas, escenas televisivas, temas musicales, determinados individuos...), deberá pagar por ello tan altas sumas de dinero que en ocasiones se verá forzado a renunciar a ellas. El documental, concluía Maqua con sagacidad, sería, sobre todo, aquel filme que recogiera realidades gratuitas, por las que aún no hubiera pasado el rodillo de la mercancía: el mugido de las vacas, el piar de los pájaros, algunos viandantes.

La posibilidad de que todavía queden "realidades gratuitas" (viandantes incluidos), me ha hecho recordar, mientras desde mi lugar de veraneo escuchaba atentamente el canto de las chicharras, unas esclarecedoras palabras que hace unos años, en este mismo lugar rodeado de pinos, me regaló Agustín García Calvo, desde las páginas de su libro titulado *De Dios* (Lucina, 1996); se refería al dinero como nuevo *ens realissimum*, "el más real de los seres todos, aquello que dota de realidad a las demás cosas, pues es en Él, (...) donde se cumplen de la manera más perfecta las condiciones de la realidad y su falsía". Y más tarde sugería "un criterio para estimar el grado de realidad que las cosas tienen", a saber: "cuanto más se cambia una cosa por dinero (cuanto más fácilmente, más a menudo, por más cuantía de dinero), más real es esa cosa".

De modo que me he puesto a pensar si eso de las "realidades gratuitas" sería o no una *contradicción en los términos*, y me ha dado por intentar, ya digo, desde este lugar en el que apenas desenvaino mi tarjeta de crédito, una reflexión "gratuita" y un breve elogio. La reflexión: no sólo el realismo cinematográfico es caro, sino cualquier cosa que pueda propiamente llamarse "real" (es decir, existente en el mundo real, oficial), incluido cualquier hijo de vecino, pues como es hartamente sabido, nos hacemos a nosotros mismos con dinero, comprando, consumiendo, inmersos como estamos en un mundo en el que el tener sustituye al ser, confundiendo nuestra interioridad con la exterioridad de nuestras posesiones. Cada cosa que compramos y poseemos nos califica metonímicamente, es un signo externo a través de cual los demás consideran nuestra cultura, nuestra inteligencia,

gusto, sensibilidad, potencia..., a nosotros mismos y a nuestra persona en suma, es decir, a nuestra máscara, que es la que nos permite existir en la realidad y en la escena social. Marx ya advirtió que los objetos no se agotan en su valor de uso. Su consumo e intercambio simbólico, apostillaría más tarde Baudrillard, los convierte en signos que designan el "ser y la categoría social de su poseedor". Como nos recuerda José M. González en su interesante libro *Metáforas del poder*, el sabio economista alemán abrió su *Tercer Manuscrito de 1844* con las palabras que Mefistófeles le dirige a Fausto, para explicar que el yo se extiende en la propiedad y "la fuerza de cada uno es tan grande como lo sea la fuerza de su dinero": "Si puedo pagar seis potros/ ¿no son sus fuerzas mías?/ Los conduzco y soy todo un señor/ como si tuviese veinticuatro patas".

Las palabras de Goethe hacen pensar en zapatos caros y potentes automóviles, en tarjetas de crédito, teléfonos móviles, ordenadores y otras prótesis tecnológicas, extensiones mediáticas del cuerpo (como diría McLuhan) o del cibercuerpo (como se dice ahora), artilugios con que la gente se hace, se afirma y se potencia, cada vez más. Como puede suponerse, el cine y sus modelos humanos no se encuentra al margen de todo esto, sino en el corazón del mecanismo. Casi medio millón de operaciones de cirugía estética y plástica tuvieron lugar el pasado año, para aproximar a otros tantos individuos, previo pago, a las versiones más ideales de ellos mismos, es decir, más existentes y reales, más cercanas a los modelos que el cine y la televisión de continuo suministran. No hace falta pues recordar a la transexual Antonia San Juan cuando, en *Todo sobre mi madre*, tras una enfática defensa de su reconstrucción corporal en la que subrayaba el precio de cada parte de su cuerpo, concluía: "me ha costado un montón ser auténtica".

Así pues, vaya el breve elogio para ese cine, documental o no, que no participa en estos mecanismos, ese cine que enseña a ver bellezas gratuitas, gente anónima, cuerpos cuya hermosura nada tiene que ver con los estereotipos, árboles desconocidos, luces y sombras sin nombre, razones comunes, ese cine que sin presupuesto apenas, nos abre inusitadas puertas a la vida, contra la realidad y sus dineros.